

sacramento es médico y medicina. Oye a San Ambrosio: «Yo, que siempre peco, debo tener siempre a punto el remedio». —*Lo creo, pero el confesor no me manda comulgar más a menudo.* —Pues si él no te lo manda, pídele tú permiso para ello, y si te lo niega, obedece y, entre tanto, no dejes de recabar su licencia. —*Padre, pero esto suena a soberbia.* —Lo sería si quisieras comulgar contra su parecer, pero no cuando se lo suplicas humildemente, porque este pan celestial reclama que se tenga hambre de él. Jesús quiere ser deseado, *tiene sed de que estemos sedientos de El*, como dice un devoto autor. Este solo pensamiento *Hoy comulgué y mañana voy a comulgar*, trae al alma en vela para huir de los defectos y cumplir en todo la divina voluntad. —*Pero, si no tengo fervor...*—Si hablas del fervor sensible, no te es necesario, ni Dios lo da siempre aun a sus almas predilectas; basta que tengas el fervor que supone una voluntad resuelta a entregarse del todo a Dios e ir creciendo en el amor divino. Dice Juan Gersón que quien se priva de comulgar porque no siente la devoción que deseara tener, se asemeja al que no se acerca al fuego por estar yerto de frío.

Pero, Dios mío, ¡cuántas almas, por no obligarse a vivir vida más recogida y desprendida de las cosas terrenas, dejan de comulgar con frecuencia, no siendo otra la causa de que no comulguen más a menudo! Se dan cuenta de que con la comunión frecuente no se compadece el ansia de aparentar, la vanidad en el vestir, la gula, las comodidades y la frivolidad de las conversaciones, y por eso se avergüenzan de acercarse frecuentemente a los altares. Ciertamente que tales almas hacen bien en abstenerse de la comunión frecuente, pues se hallan en tan miserable estado de

tibieza, pero están obligadas a salir de tal tibieza quienes, llamadas a vida vós perfecta, no quieran arriesgar gravemente su eterna salvación.

Ayuda también mucho para conservar en el alma el fervor el hacer muchas veces al día la comunión espiritual, tan recomendada por el concilio de Trento, que exhorta a todos los fieles a practicarla. La comunión espiritual, como dice Santo Tomás, consiste en ardiente deseo de recibir a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, por lo que los santos acostumbraban a renovarla diaria y frecuentemente. El modo de hacerla es decir: *Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento; os amo y deseo recibirlos; venid a mi alma; os abrazo y os ruego que no permitáis vuelva jamás a abandonaros. Y más breve aún: Venid a mí, Jesús mío; os deseo, os abrazo y os suplico que estemos unidos siempre.* Esta comunión espiritual se puede practicar a menudo al día, cuando se reza, cuando se visita al Santísimo Sacramento y especialmente cuando se oye la santa misa, sobre todo al comulgar el sacerdote. Decía la Beata Angela (léase Agueda) de la Cruz, dominica: «Si el confesor no me hubiera enseñado este modo de comulgar varias veces al día, no acertaría a vivir».

VII. De la oración

El quinto y más necesario medio para conservar la vida espiritual y conseguir el amor de Jesucristo es *la oración*, Digo, en primer lugar, que Dios, al poner en nuestras manos este medio, nos da a conocer el grande amor que nos profesa. ¿Qué mayor prueba de amor puede testimoniar un amigo a otro que decirle:

«Pídeme, amigo mío, cuanto desees, que yo te lo otorgaré»? Pues esto es lo que nos dice el Señor: *Pedid, y se os dará; buscad, y halláreis*. Por donde se ve que la oración se llama omnipotente ante Dios para alcanzar toda suerte de bienes. «La oración, a pesar de ser una —dice Teodoreto—, lo puede todo». El que reza obtiene de Dios cuanto quiere. Hermosas son las palabras de David: *Bendito sea Dios, que no apartó mi súplica ni su misericordia alzó de mí*. Glosando San Agustín este pasaje, dice: «Si de tu parte no falta la oración, ten por cierto que tampoco faltará la misericordia divina». Y San Jerónimo añade: «Siempre se alcanza algo, hasta el momento de pedir». Cuando oramos al Señor, antes de terminar la oración ya El nos tiene concedido lo que le pedimos; por tanto, si somos pobres, no nos quejemos sinó de nosotros mismos, porque lo somos porque nos empeñamos en ello, y de ahí que no merezcamos compasión. ¿Qué compasión puede merecer un mendigo que, teniendo un señor sobrado rico, que desea otorgarle cuanto le pida, nada le pide, prefiriendo quedar en su pobreza antes de pedir al señor lo que le es tan necesario? Pues bien, dice el Apóstol: *Es el Señor de todos, espléndido para con todos los que te invocan*.

La oración del humilde lo alcanza todo de Dios, pero no olvidemos que no sólo es útil, sino también necesaria para salvarnos. Cierto que sin el favor divino es imposible triunfar de las tentaciones del enemigo; a las veces, y en asaltos más duros, pudiera bastarnos la gracia suficiente que Dios nos concede; mas por nuestras perversas inclinaciones no nos bastará y tendremos necesidad de una gracia especial, que no la alcanza quien no la pide, viniendo así a perderse por no rezar. Y hablando singularmente de la gracia

de la perseverancia final, o sea de la gracia de morir en la amistad de Dios, gracia absolutamente necesaria para salvarnos, y sin la cual estaremos perdidos para siempre, dice San Agustín que «Dios no la concede sino a quienes se la piden». Por esto son tan contados los que se salvan, porque contados son también quienes se cuidan de pedir a Dios esta gracia de la perseverancia.

En suma, los Santos Padres están acordes en afirmar que la oración es necesaria, no sólo de necesidad de precepto —de suerte que, según los doctores, incurrir en pecado mortal el que en el plazo del mes no encomienda a Dios su eterna salvación—, sino también es necesaria de necesidad de medio; es decir, que sin oración es imposible salvarse. La razón es harto sencilla: porque sin el auxilio de la divina gracia es imposible alcanzar la salvación, y este auxilio Dios solamente lo concede al que se lo pide; y como las tentaciones y peligros de caer en desgracia de Dios son continuos, continua ha de ser también nuestra oración. Por eso escribió Santo Tomás que, si quiere el hombre entrar en el cielo, ha de ser por medio de la continua oración. Y ya antes lo había dicho Jesucristo: *Es menester siempre orar y no desfallecer*, y después el Apóstol: *Orad sin cesar*, porque en el punto mismo en que dejemos de encomendarnos a Dios, el demonio nos vencerá. La gracia de la perseverancia es cierto que no la podemos merecer, como enseña el concilio de Trento, y, con todo, la podemos merecer en cierto sentido, como dice San Agustín, si insistimos en la oración. El Señor nos quiere dispensar sus gracias, pero quiere que se las pidamos, y hasta, como dice San Gregorio, quiere ser importunado y como forzado por nuestros ruegos. Santa María

Magdalena de Pazzi decía que cuando pedimos mercedes a Dios, no sólo nos escucha, sino que, en cierta manera, nos lo agradece. Y, en efecto, siendo Dios bondad infinita, que suspira por comunicarse, tiene, por decirlo así, infinito deseo de comunicarse a los demás, pero quiere que le pidamos esos bienes, y cuando se ve importunado por un alma, es tanto el gozo que recibe, que en cierto modo le queda obligado.

Si queremos, pues, perseverar hasta la muerte en la gracia de Dios, es menester que hagamos el oficio de mendigos y andemos siempre tras el Señor con los labios desplegados para pedirle su auxilio y no cesemos de repetir: Jesús mío, misericordia; no permitáis que tenga la desgracia de separarme de vos; Señor mío, asistidme; Dios mío, ayudadme. Esta era la continua oración que practicaban los Padres antiguos del desierto: *Pléguese, ioh Dios!, librarme; Señor, a socorrerme te apresura.* Ayudadme, Señor, y hacedlo presto, porque, si os retardáis, sucumbiría y me perdería. Así nos debemos portar, especialmente en tiempo de tentaciones; no obrar así equivale a estar ya perdido.

Tengamos gran confianza en la oración, pues Dios prometió escuchar a quien le ruega: *Pedid, y recibiréis.* ¿«A qué dudar —exclama san Agustín—, si Dios, empeñando su palabra, se hizo nuestro deudor» y no puede dejar de otorgarnos las gracias que le pidiéremos? Cuando encomendamos a Dios nuestras necesidades, es menester que tengamos confianza cierta de ser escuchados y de alcanzar cuanto pedimos. Es palabra de Jesucristo: *Todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo habéis recibido, y lo alcanzaréis.*

Pero, yo soy pecador —dirá alguien— y no merezco

ser escuchado; a lo cual responde Jesucristo: *Todo el que pide, recibe*; todo, sea justo o pecador. Enseña Santo Tomás que la eficacia de la oración para recabar gracias de Dios no estriba en nuestros merecimientos, sino en la misericordia de Dios, que prometió escuchar a quien le rogare. Y el Salvador, para quitarnos todo el temor de no ser oídos, dice: *En verdad, en verdad os digo: si alguna cosa pidieréis al Padre, os la concederá en nombre mío*; como si dijese: Vosotros, pecadores, no tenéis título alguno para alcanzar las divinas mercedes, pero haced esto: cuando queráis alcanzar gracia, pedídsela al Padre en nombre mío, esto es, por mis merecimientos y por el amor que me tiene; pedidle cuanto queráis y os lo concederá todo. Pero recordemos que la expresión *en nombre del Salvador*, es decir, que las gracias que pedimos han de ser ordenadas a la salvación eterna; por lo que será bueno advertir que la promesa no se hizo a las cosas temporales; éstas, cuando son útiles a la salvación eterna, Dios nos la concede o no nos la concede, por lo que las gracias temporales hemos de pedir las siempre condicionadamente, es decir, si son conducentes al bien del alma. En cambio, cuando se trata de gracias espirituales, no se exige más condición que la confianza, y la confianza firme, repitiendo: Padre Eterno, en nombre de Jesucristo, libradme de esta tentación, dadme la santa perseverancia, dadme vuestro amor, dadme el paraíso. Estas gracias también se las podemos pedir a Jesucristo en su mismo nombre, es decir, por sus merecimientos, pues también en este sentido nos prometió escuchar: *Si algo me pidieréis en mi nombre, yo lo haré*.

En fin, cuando oremos a Dios, no nos olvidemos de encomendarnos también a la dispensadora de las

gracias, María. «Dios —dice San Bernardo— es quien da la gracia, pero la concede por manos de María. Busquemos, pues, la gracia, y busquémosla por María». Si María ruega también por nosotros, estemos seguros de ser atendidos, porque sus ruegos son siempre atendidos y no pueden tener repulsa.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús mío!, quiero amaros cuanto pueda y hacerme santo, y lo quiero para daros gusto y amaros mucho en esta y en la otra vida. Nada puedo, pero vos lo podéis todo y sois quien me queréis tanto. Siento ya que, por un efecto de vuestra gracia, mi alma suspira por vos y a nadie busca sino a vos. No quiero seguir viviendo para mí; vos me deseáis todo vuestro y yo quiero darme por entero a vos. Venid y unidme a vos y uníos vos a mí; vos sois bondad infinita, que con tanto amor me ha distinguido; sois amante excesivo y amable sobre cuanto se puede encarecer. ¿Cómo, pues, podré amar otra cosa fuera de vos? Prefiero vuestro amor a todas las cosas criadas; vos sois el único objeto, el dueño único de todos mis afectos. Renuncio a todo para no tener más ocupación que amaros a vos solo, Criador mío, Redentor mío, consuelo, esperanza, amor mío y mi todo.

No desconfío de llegar a la santidad, a pesar de mis ofensas pasadas, pues reconozco que, si habéis muerto, ha sido para perdonar al pecador que se arrepiente. Os amo ahora con toda mi alma, os amo de todo corazón, os amo más que a mí mismo y me arrepiento sobre todo otro mal de haberos disgustado a vos, sumo bien.

Ya no soy mío, sino vuestro; disponed de mí, ¡oh Dios de mi corazón!, como os pluguiere. Acepto, para agradaros, cuantas tribulaciones queráis enviarme, enfermedades, dolores, angustias, ignominias, pobreza, persecuciones y desconsuelos; todo lo acepto para complaceros. Acepto también la muerte que queráis enviarme, con todas las congojas y cruces que la han de acompañar; bástame que me concedáis la gracia de amaros con todo corazón. Ayuda y fuerza os pido para que pueda reparar, en lo que me restare de vida, las amarguras que en lo pasado os causé, único amor del alma mía.

¡Oh Reina del cielo y Madre de Dios, abogada poderosa de los pecadores, en vos confío!

CAPÍTULO IX

QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO SE ENSOBERBECE CON SUS BUENAS CUALIDADES, SINO QUE SE HUMILLA Y SE COMPLACE EN VERSE HUMILLADO DE LOS DEMÁS

Caritas non inflatur

La caridad no se infla.

El soberbio es como un globo henchido de aire, que a sí mismo se considera como algo muy grande, aun cuando, en realidad, toda su grandeza se reduzca a un poco de viento, que, roto el globo, se desvanece súbitamente. Quien ama a Dios es verdaderamente humilde y no se engríe con sus cualidades personales, porque sabe que cuanto tiene, todo es don de Dios, y si algo tiene de sí es la nada y el pecado. Por consiguiente, cuanto más señaladas mercedes recibe de Dios, más se humilla, viéndose tan indigno y tan favorecido por El.

Santa Teresa decía, hablando de las gracias especiales que Dios le había hecho: «Dios se las ha conmigo como se hace con una casa, que se la apuntala cuando amenaza ruina». Cuando el alma recibe la amorosa visita de Dios, sintiendo en sí ardores extraordinarios de caridad, acompañados de lágrimas y de gran ternura de corazón, guárdese muy bien de creer que todo ello es recompensa y premio de sus buenas obras, humíllese entonces más y tenga por

cierto que, si Dios la regala, es para que no le abandone. De lo contrario, si por tales mercedes se levantasen en el alma humos de vanidad, juzgándose más favorecida, porque es más fiel que las demás en el servicio de Dios, esta falta de humildad sería suficiente para privarla de tales favores. Para que se conserve la casa son necesarias dos cosas, los cimientos y el techo; los cimientos deben ser para nosotros la humildad, reconociendo que nada valemos ni nada podemos, y el techo, la divina protección, en la cual tan sólo hemos de confiar».

Mientras más favorecidos nos veamos de Dios, más nos debemos humillar. Santa Teresa, cuando recibía una gracia especial, traía a la memoria sus pasadas culpas, y el Señor entonces la unía a sí con más estrecho lazo de amor, porque, cuando el alma se confiesa más indigna del favor divino, tanto más la enriquece Dios de sus gracias. Tais, primero pecadora y luego santa, se humillaba tanto ante Dios, que se creía indigna hasta de nombrarlo, por lo que no se atrevía a decir *Dios mío*, sino que decía: *Creador mío*, tened piedad de mí. Y escribe San Jerónimo que, debido a tal humildad, le preparaban en el cielo un magnífico trono. Igualmente se lee en la vida de Santa Margarita de Cortona que, visitándola cierto día el Señor con mayores ternuras de amor que las acostumbradas, ella se puso a exclamar: «Pero ¿cómo, Señor, os habéis olvidado de lo que he sido? ¿Cómo me pagáis con tantas finezas las injurias que os he hecho?» Y Dios le respondió que, cuando el alma le ama y se arrepiente sinceramente de haberle ofendido, El se olvida de todas las ofensas recibidas, como había dicho por Ezequiel: *Si el impío se convierte de todos sus pecados que cometió y observa*

todos mis preceptos..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado. Y en pueba de ello la hizo ver el trono que le tenía aparejado en el cielo, rodeado de serafines. ¡Ojalá llegáramos a comprender el valor de la humildad! Un acto de humildad vale más que la conquista de todas las riquezas del mundo.

Decía Santa Teresa: «Vuestro entender, hijas, si estáis aprovechadas, será en si entendiére cada una es la más ruin de todas, y esto que se entienda en sus obras que lo conoce así»; y así lo hacía la Santa y así lo hacían todos los santos. San Francisco de Asís, Santa María Magdalena de Pazzi y el resto de los santos se tenían por los mayores pecadores del mundo, y se extrañaban de que la tierra los sostuviese y no se abriera para tragarlos, y esto lo decían de todas veras. Hallándose próximo a la muerte el Beato Juan de Avila, que vivió desde pequeñito vida santa, acercóse a él un sacerdote para asistirlo y le sugería cosas muy elevadas y sublimes, tratándolo como a gran siervo de Dios y persona docta como era; pero el P. Avila exclamó: «Ruégole, padre, me asista como a criminal condenado a muerte, pues no soy otra cosa». Tal es el concepto que en vida y en muerte tienen de sí los santos.

Así debemos obrar también nosotros si queremos salvarnos y conservar la gracia de Dios hasta la muerte, poniendo en El solamente nuestra confianza. El soberbio fíase de sus fuerzas, y por eso cae; pero el humilde, porque en solo Dios confía, aunque le asalten las más vehementes tentaciones, mántiense firme y no sucumbe, diciendo: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta.* El demonio una vez nos tienta de presunción, otra de desconfianza; cuando nos asegura que no hemos de temer las caí-

das, entonces es cuando hemos de temer, porque, si el Señor dejara un solo instante de socorrernos con su gracia, entonces es cuando estaríamos perdidos. Y cuando nos tiente de desesperación, poniendo los ojos en Dios, hemos de decirle: *A ti, Señor, me acojo; no quede para siempre confundido ni privado de vuestra gracia.* Estos actos de desconfianza en nosotros mismos y de confianza en Dios hemos de ejercitarlos hasta el postrer instante de nuestra vida, rogando siempre al Señor que nos dé la santa humildad.

Mas para ser humilde no basta sentir bajamente de sí y tenerse en poco y por hombres miserables; el verdadero humilde, dice Tomás de Kempis, se desprecia a sí mismo y desea ser despreciado por los demás. Esto fue lo que Jesucristo con tanto encarecimiento nos recomendó que hiciéramos, a su ejemplo: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.* Quien va diciendo que es el mayor pecador del mundo y apenas los otros lo desprecian se indigna, da indicios de que tiene humildad de boca, pero no de corazón. Escribe Santo Tomás de Aquino que, cuando uno se ve despreciado, si se resiente, por más milagros que haga, téngase por cierto que anda muy lejos todavía de la perfección. La divina Madre ordenó a San Ignacio que instruyese en la humildad a Santa María Magdalena de Pazzi, y el Santo le dijo: «La humildad consiste en gozarse de cuanto redunde en nuestro propio desprecio». Nótese que dice *gozarse*, porque, aun cuando la parte inferior se resista cuando nos desprecian, por lo menos en espíritu debemos alegrarnos.

Y ¿cómo es posible que el alma que ama a Jesucristo no se goce en los desprecios, viendo a su Dios

aguantando las bofetadas y salivas que en su rostro recibió durante su pasión? *Entonces escupieron en su rostro y le dieron de puñadas, y otros le abofetearon.* Al considerar esto, ¿cómo podrá dejar de amar los desprecios? Con este fin quiso nuestro Redentor que fuese expuesta en nuestros altares su imagen, no ya en forma gloriosa, sino crucificada, para queuviésemos siempre ante los ojos sus desprecios, ante los cuales los santos se gloriaban viéndose despreciados en esta tierra. Esta fue la petición que San Juan de la Cruz dirigió a Jesucristo cuando se le apareció con la cruz a cuestas: «Señor, padecer y ser despreciado por vos». Viéndote a ti, Señor, despreciado, por amor mío, no te pido más que padecer y ser despreciado por tu amor.

Decía San Francisco de Sales que «el soportar los oprobios es la piedra de toque de la humildad y de la verdadera virtud». ¿Qué decir de una persona que pasa por espiritual, hace oración, comulga frecuentemente, ayuna y se mortifica, y, a vuelta de todo eso, no puede soportar una afrenta ni una palabrilla punzante? Que es una caña hueca, vacía de humildad y de virtud. Y ¿qué sabrá hacer el alma amante de Jesucristo si no sabe afrontar una afrenta por el amor de quien tantas afrontó por ella? En la *Imitación de Cristo* escribió Kempis: «Pues tanto horror tienes a las humillaciones, señal es de que no estás muerto al mundo, ni eres humilde, ni tienes a Dios ante los ojos. Quien no tiene siempre ante la vista a Dios, a la menor palabra de censura se turba». No tienes valor para sufrir por Dios bofetadas y heridas; soporta al menos cualquier palabrilla.

¡Qué admiración y escándalo no causa la persona que comulga frecuentemente y luego se turba e irrita

por una palabra despectiva! Por el contrario, icómo edifica el alma que a los desprecios responde con palabras bondadosas, para aplacar al ofensor, o no responde ni se lamenta con los demás, sino que permanece con rostro sereno, sin rastro de amargura! Dice San Juan Crisóstomo que el humilde es útil para sí y para los demás, por el buen ejemplo que les da de mansedumbre en los desprecios.

Tomás de Kempis, volviendo sobre esta materia, indica muchas ocasiones en las cuales debemos humillarnos. «Lo que dicen los otros –escribe– será oído; lo que dices tú será contado por nada; pedirán los otros, y recibirán; pedirás tú, y no conseguirás. Los demás serán ensalzados en boca de los hombres, y de ti nadie dirá nada; a los otros se encomendará esto o aquello, y a ti no se te tendrá por útil para nada. Por estas pruebas hace Dios pasar a sus siervos, para ver hasta dónde llega el renunciamiento propio y la confianza en El. Por eso gemirá a las veces la naturaleza, y no hará poco si sufriere callando».

«Humilde es de verdad –decía Santa Juana de Chantal– quien, viéndose humillado, se humilla más». Y, en efecto, el verdadero humilde no juzga ser lo debidamente humillado como merece. A los que esto hacen, llámalos Jesucristo bienaventurados, y no a quienes el mundo estima, honra y alaba por nobles, doctos o poderosos; para los maldecidos, perseguidos y calumniados del mundo, para quienes todo lo sufren pacientemente, está reservada gran recompensa en los cielos.

De especial manera hemos de practicar la humildad cuando nuestros superiores u otro cualquiera nos corrigen de un defecto. Personas hay que se parecen a los erizos: mientras no se les toca, parecen apa-

cibles y mansos; pero, no bien el superior o el amigo les corrigen de algún defecto, enseñan al instante todas sus púas, responden destempladamente, o que no es cierto o que han tenido sus razones para obrar de aquella manera, por lo que no haya para qué amonestarles de aquella forma; en una palabra, miran como a enemigo a quien les reprende, imitando a quienes se irritan contra el cirujano porque les hace sufrir al curarles la llaga. «Esto es airarse contra quien le hace la cura», dice San Bernardo. El varón santo y humilde, dice San Juan Crisóstomo, cuando le corrigen, llora el error cometido, al paso que el soberbio llora también, pero llora porque aparece su defecto; por eso pierde la serenidad y por eso responde y se revuelve contra el que lo amonesta. He aquí la excelente regla de conducta que dió San Felipe Neri para cuando uno se vea acusado: «El que verdaderamente quiere hacerse santo —decía—, jamás debe excusarse, aun cuando sea falsa la inculpación que se le hiciera». Solamente esta regla padece una excepción, y es cuando la defensa se juzga necesaria para atajar el escándalo. ¡Qué de méritos atesora ante Dios el alma que es reprendida y, aun cuando sea injustamente, guarda silencio y no se defiende! «Más levanta una cosa de éstas a las veces —decía Santa Teresa— que diez sermones..., porque se comienza a ganar libertad y no se da más que digan mal que bien, antes parece es negocio ajeno».

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo encarnado!, ruégoo por los méritos de vuestra santa humildad, que os hizo abrazar tantas injurias e ignominias por amor nuestro, que me li-

bréis de la soberbia y me comuniquéis una partecita de vuestra humildad. Y ¿cómo podría yo quejarme de los aprobios que se me hicieren, cuando tantas veces me hice reo del infierno? Jesús mío, por los merecimientos de tantos desprecios como sufristeis en vuestra pasión, dadme la gracia de vivir y morir humillado en esta tierra, como vos vivisteis y moristeis humillado por mí.

Por amor vuestro quisiera verme despreciado y abandonado de todos, pero sin vos nada puedo. Os amo, soberano bien mío; os amo, amador de mi alma; os amo y propongo sufrir por vos afrentas y persecuciones, traiciones, dolores, sequedades y desamparos; conténtome, único amor de mi alma, con no ser de vos abandonado. No permitáis que me aparte nunca de vos. Dadme deseo de complaceros, fervor para amaros, paz en los trabajos y en todas las adversidades, y dadme resignación y paciencia. Apiadados de mí; nada merezco, pero todo lo espero de vos, que me redimisteis con vuestra sangre.

También lo espero todo de vos, Reina y Madre mía, María, que sois refugio de pecadores.

CAPITULO X

QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO AMBICIONA MÁS QUE
A JESUCRISTO

*Caritas no est ambitiosa.
La caridad no es
ambiciosa.*

Quien ama a Jesucristo no busca la estima y el afecto de los hombres; su único deseo lo tiene puesto en gozar del favor de Dios, que es el solo objeto de su amor. Dice San Hilario que todos los honores que el mundo proporciona son negocio del diablo. Y así es, porque el enemigo negocia para el infierno cuando infiltra en el alma deseos de honras, pues, perdida la humildad, está a punto de precipitarse en el abismo del mal. Escribe el apóstol Santiago que así como Dios da con larga mano su gracia a los humildes, así la retira de los soberbios y les resiste. Al decir que Dios *se opone a los soberbios*, da a entender que no presta oídos a sus oraciones. Y entre los actos de soberbia ciertamente ha de contarse el ambicionar la estimación de los hombres y envanecerse con los honores de ellos recibidos.

De espanto fue el ejemplo de Fr. Justino, franciscano, que había alcanzado un subidísimo grado de contemplación; mas porque, quizás, o sin quizás, alimentaba en el corazón deseos de ser estimado de los

hombres, ved lo que le aconteció: Llamóle cierto día el papa Eugenio IV y, por el gran concepto que de su elevada santidad tenía, lo abrazó e hizo sentar a su lado. Fr. Justino se envaneció por tal favor, por lo que San Juan Capistrano le dijo: «¡Ah, Fr. Justino, al partir eras un ángel y ahora vuelves hecho un demonio». Y así fue, porque, ensoberbeciéndose el miserable cada vez más, pretendiendo ser tratado cual creía merecer, llegó a matar a cuchilladas a un religioso, apostató, huyó a Nápoles y se dió a vida criminal, muriendo al fin como apóstata en una cárcel. Por eso decía sabiamente cierto siervo de Dios que, cuando oímos o leemos la caída de los cedros del Líbano, de un Salomón, de un Tertuliano, de un Osio, que eran por todos venerados como santos, es prueba de que estos tales no se habían dado por completo a Dios, sino que en su pecho alimentaban cierto sentimiento de soberbia, que les llevó a la prevaricación. Temblemos, pues, cuando nos veamos acometidos por la ambición de figurar y ser estimados por el mundo; y cuando el mundo nos honre, guardémonos de la vana complacencia, que puede ser origen de nuestra perdición.

Guardémonos, sobre todo, de andar tras puntillos de honra. Decía Santa Teresa: «Créanme una cosa, que si hay punto de honra..., aunque tengan muchos años de oración, y por mejor decir, consideración..., que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración». Muchas personas hay que hacen profesión de vida espiritual, pero son idólatras de la propia estima; exteriormente aparentan mucha virtud, pero interiormente ambicionan ser loadas de todos por cuanto hacen, y si nadie las alaba, alábanse a sí mismas, queriendo aparecer mejores

que las demás y si por ventura les hieren la propia honra, pierden la paz, abandonan la comunión y las demás devociones y no descansan hasta haber recobrado el buen nombre que creyeron perdido. No obran así los verdaderos amadores de Dios, pues, no contentos con huir de las palabras que redunden en propia alabanza, ni se complacen en ellas, ni siquiera se entristecen cuando los otros no los alaban, y se gozan cuando son tenidos en mal concepto por los demás.

Razón le sobraba a San Francisco de Asís para decir: «Soy tan sólo lo que soy ante Dios». ¿Qué importa ser tenido en mucha estima por los grandes del mundo, si ante Dios somos viles y despreciables? Y, por el contrario, ¿qué importa que el mundo nos desprecie, si somos queridos y gratos a los ojos de Dios? San Agustín escribió: «Ni los pregones del adulador remedian el mal estado de nuestra conciencia, ni los oprobios del calumniador son poderosos para herir la buena conciencia». Así como el que nos alaba no nos libra del castigo que nuestros pecados merecen, de la misma manera, el que nos vitupera no nos quita el mérito de nuestras buenas obras. «Mira qué se os dará, estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo». Los santos únicamente anhelaban vivir desconocidos y menospreciados de todos. Escribe San Francisco de Sales: «¿Qué sinrazón se nos hace en que los demás tengan mala opinión de nosotros? ¿Es que no la debemos nosotros tener también mala? Y es que, teniéndonos nosotros por malos, ¿pretenderemos que los demás nos tengan por buenos?».

¡Cuánta seguridad encuentran en la vida obscura y retirada los que de corazón quieren amar a Jesucristo! El mismo Jesús nos dio ejemplo de ello, viviendo

oculto y despreciado durante treinta años en un taller. De ahí que los santos, por huir de la estima de los hombres, fueran a vivir en desiertos y en grutas. Decía San Vicente de Paúl «que el gusto de comparecer y que se hable bien de nosotros, de que se alabe nuestra conducta y se diga que en todo acertamos y que hacemos maravillas, es un mal que, haciéndonos olvidar a Dios, inficiona nuestras más puras acciones y es el vicio más dañoso a nuestro adelantamiento espiritual».

El que quiera, pues, adelantar en el amor a Jesucristo, debe sacrificar en sí el amor de la estima propia. Mas ¿cómo sacrificarla? Ved aquí cómo nos lo enseña Santa María Magdalena de Pazzi: «La vida del apetito de la estima propia consiste en la buena reputación que de nosotros se tiene; por tanto, la muerte de la estima propia será el ocultarse para no ser conocido de nadie; y mientras que no se llegue a dar muerte a este deseo de propia estimación, no se llegará a ser verdadero siervo de Dios».

Para hacernos, por tanto, agradables a los ojos de Dios, hemos de guardarnos de la ambición de parecer y ser tenidos en algo a los ojos de los hombres. Y sobre todo hemos de guardarnos de ambicionar el sobresalir entre los demás. Santa Teresa prefería que ardiese el monasterio con todas las monjas antes de ver entrar en él tan maldita ambición y tenía ordenado que, si hubiese alguna monja con ambición de ser abadesa, se la arrojase del monasterio o, al menos, se la encerrase para siempre en la cárcel. Santa María Magdalena de Pazzi decía: «La honra de la persona espiritual ha de estibar en verse pospuesta a todos y en el horror a ser preferida a los demás». El verdadero amante de Dios ha de ambicionar, por tanto,

amar a Dios y aventajar a todos en humildad. *Nada por rivalidad ni por vanagloria* —decía San Pablo—, *antes bien por la humildad, estimando los unos a los otros como superiores a sí*. En suma, quien ama a Dios no ha de ambicionar nada más que a Dios.

Afectos y súplicas

Dadme, Jesús mío, la ambición de agradaros y haced que me olvide de todas las criaturas y hasta de mí mismo. ¿De qué me sirve ser amado de todo el mundo, si no lo fuere de vos, único amor de mi alma? Vos, Jesús mío, vinisteis a la tierra para conquistaros nuestros corazones; si no sé daros el mío, tomadlo y henchidlo de vuestro amor y no permitáis que vuelva a separarme de vos. En lo pasado os volví las espaldas, mas ahora comprendo el mal hecho, del que me arrepiento con todo mi corazón, y no hay dolor que más me aflija que la memoria de las muchas ofensas que contra vos cometí. Mi gran consuelo es saber que sois bondad infinita, que no se desdeña de amar al pecador que os ama.

Amado Redentor mío, suave amor del alma mía, en lo pasado os desprecié, pero ahora os amo más que a mí mismo. Os ofrezco todo cuanto soy y tengo y no deseo más que amaros y complaceros; esto sólo ambiciono; recibid y aumentad esta ambición, destruyendo en mí todo deseo de bienes mundanos, porque sois soberanamente digno de ser amado y demasiado me obligasteis a amaros.

Aquí me tenéis; quiero ser completamente vuestro y quiero sufrir cuanto vos queráis, ya que por mi amor quisisteis morir de dolor en la cruz. Queréis

que sea santo, y vos podéis hacer que lo sea; en vos confío.

También en vuestra protección confío, ¡oh soberana Madre de Dios, María!

CAPITULO XI

QUIEN AMA A JESUCRISTO, DESPRENDE EL CORAZÓN DE TODO LO CREADO

*Caritas non quaerit quae
sua sunt.*

*La caridad no busca lo
suyo.*

Quien quiere amar a Jesucristo con todo su corazón, debe vaciarlo de cuanto no siendo Dios, nazca del amor propio. Esto significa *no buscar lo suyo*, olvidarse de sí para no buscar más que a Dios. Es lo que pide el Señor de cada uno de nosotros cuando nos dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.*

Para amar a Dios de todo corazón necesitanse dos cosas: la primera, vaciarlo de todo lo terreno, y la segunda, llenarlo de su santo amor. De donde resulta que aquél no entrega a Dios su corazón si lo tiene preso a las criaturas. San Felipe Neri decía que la parte del amor que damos a las criaturas se la arrebatamos a Dios. Pues bien, ¿cómo se purifica el corazón de las cosas de la tierra? Con la mortificación y con el desprendimiento de las cosas terrenas. Lámentanse ciertas almas de buscar y no encontrar a Dios; escuchen lo que les dice Santa Teresa: «Despegue el corazón de todas las cosas y busque y hallará a Dios».

El engaño está en que quieren hacerse santos, pero a su modo; quieren amar a Jesucristo, pero siguiendo su natural inclinación, sin renunciar a sus diversiones, a la vanidad en el vestir, a los alimentos regalados; aman a Dios, pero, si no logran tal empleo, viven en perpetua turbación; si se les hiere en su reputación, se encienden, y si no sanan de la enfermedad, pierden la paciencia. Aman a Dios, pero no dejan el afecto a las riquezas, a los honores mundanos y a la futulidad de ser tenidos por nobles, por sabios o por mejores que los demás. Estos tales frecuentan la oración y la comunión, mas, por cuanto llevan el corazón repleto de cosas terrenas, poco es el fruto que reportan. A éstos no les habla el Señor, porque da por perdidas sus palabras, como dijo precisamente a Santa Teresa: «Yo hablaría a muchas almas, pero el mundo hace tanto ruido en sus orejas, que no pueden oír mi voz». ¡Oh si se separasen un poco del mundo! Quien tenga el corazón pletórico de afectos terrenos será incapaz de oír la voz de Dios cuando le hable. ¡Infeliz quien esté asido a los bienes sensibles de esta vida, pues no será difícil que, cegado por ellos, deje de amar a Jesucristo y, por no perder los bienes pasajeros de esta vida, pierda por toda una eternidad a Dios, que es bien infinito! Decía Santa Teresa: «Bien viene aquí que es perdido quien tras perdido anda».

Cuenta San Agustín que Tiberio César quería que Jesucristo fuese contado entre los dioses del Imperio, pero el Senado se negó a admitirlo, alegando que era un Dios soberbio, que quería dominar solo y ser adorado sin otra compañía. Cierto: Dios quiere estar solo y ser adorado y amado por nosotros, no ya por soberbia, sino porque se lo merece y por el amor que nos profesa. Como El nos ama con infinito amor,

quiere todo nuestro amor, y por ello está celoso cuando ve que otros participan de corazones que él quiere por entero para sí. «Celoso es Jesús», decía San Jerónimo, por lo que no quiere que amemos otra cosa fuera de El. Y si ve que alguna criatura tiene parte en un corazón, en cierto sentido le tiene envidia, como escribe el apóstol Santiago, porque no sufre tener rivales en el amor, sino que El solo quiere ser amado: *O ¿pensáis que vanamente dice la Escritura: «Hasta con celos se aficiona el espíritu que en nosotros puso su morada?»* El Señor alaba a la esposa en el Cantar de los Cantares, llamándola: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa. La llama huerto cerrado*, porque el alma, esposa fiel, tiene cerrado el corazón a todo amor terreno, para conservar solamente el de Jesús.

¿Es que no merece Jesús todo nuestro amor? ¡Ah, sí!; sobradamente lo merece, por su bondad y por el afecto que nos profesa. Bien comprendieron esto los santos, y por eso dijo de sí San Francisco de Sales: «Si conociese en mi alma una sola fibra que no fuese de Dios, la arrancaría al instante».

Deseaba David tener alas sueltas como de paloma, es decir, estar despegado de todo afecto terreno, para volar y descansar en Dios: Y digo: «*Si tuviera alas cual de paloma, volara y descansara*». Muchas almas quisieran verse libres de los lazos que las tienen cautivas a la tierra, para volar hacia Dios, y de hecho volarían muy alto en la santidad si se desprendiesen completamente de las criaturas; mas por cuanto conservan cualquier aficioncilla desordenada que no se esfuerzan por romper, andan siempre gimiendo y lamentándose, sin elevarse un palmo de tierra. «Cualquiera de estas imperfecciones —dice San Juan de la

Cruz— en que tenga el alma asimiento y hábito es tanto el daño para poder crecer e ir adelante en la virtud, que si cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad ordinaria, no le impedirán tanto cuanto al tener el alma asimiento a alguna cosa. Porque, en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma delante en perfección, aunque la imperfección sea muy mínima. Porque tanto me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero, por fácil que sea, si no le quiebra no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, por más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión. Porque el apetito y asimiento del alma tienen la propiedad que dicen tiene la rémora con la nao, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta a pegarse a la nao, la tiene tan queda que no la deja llegar al puerto ni navegar. Y así es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas, y obras, y ejercicios espirituales, y virtudes, y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición —que todo es uno—, nunca van adelante ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilillo de asimiento o quitar aquella pegada rémora de apetito»

Quien quiera que Dios sea todo suyo, ha de darse del todo a Dios. *Mi amado es mío y suya yo*, decía la esposa de los Cantares. Mi amado se entregó por completo a mí y yo me entregué a él. Jesucristo, por

el amor que nos profesa, quiere todo nuestro amor, y, de no tenerlo todo, no se da por satisfecho. De ahí que Santa Teresa escribiese a una priora de sus monasterios: «Va muy afuera del espíritu de Descalzas ningún género de asimiento, aunque sea con superiora, ni medrarán en espíritu jamás. Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a sólo El... Por El pido a vuestra reverencia que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan voluntad ni anden con niñerías. Mira que es principiar en nuevo reino, y que vuestra reverencia y las demás están más obligadas a ir como varones esforzados y no como mujercillas». Santa María Magdalena de Pazzi quitó a una novicia suya cierto libro espiritual sólo porque la veía muy pegada a él. Muchas almas tienen oración mental, visitan al Santísimo Sacramento y frecuentan la comunión; mas por cuanto tienen ocupado el corazón de algún afecto terreno, poco o nada adelantan en la perfección; y, siguiendo con tal vida, no sólo serán siempre miserables, sino que están en continuo riesgo de perderlo todo.

Es necesario, pues, pedir a Dios, con David, que purifique nuestro corazón de todo afecto terreno: *Crea, Dios, para mí un corazón puro*; de otro modo, jamás seremos suyos por completo. Bien nos lo dió a entender Jesucristo, diciéndonos que quien no renuncia a todo lo de este mundo no puede ser verdadero discípulo suyo. De aquí que los antiguos Padres del yermo, cuando iba algún joven a sumarse a su compañía, le preguntaran de este modo: «¿Traes el corazón vacío, para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?» Lo mismo dijo Dios a Santa Gertrudis, que le rogaba le diese a entender qué era lo que de ella pedía: «No te pido más que un corazón vacío de cria-

turas». Es necesario, pues, decir a Dios con ánimo varonil y resuelto: Señor, os prefiero a todo, a la salud, a las riquezas, a las dignidades, a los honores, a las alabanzas, a la ciencia, a los consuelos, a las esperanzas, a los deseos y aun a las gracias y beneficios que de vos pudiera recibir. En suma, os prefiero a todo bien creado que no sea vos, Dios mío. Todos los dones con que me obsequiareis, de nada me bastan, si no sois vos mismo. A vos solo quiero y nada más.

Un corazón vacío de aficiones terrenas pronto lo colmará Dios y lo llenará de amor divino, o como decía Santa Teresa de Jesús: «Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El y a quitarme de los ojos las ocasiones porque, quitadas, luego me volvía a amar Su Majestad». Sí, porque el alma no puede vivir sin amar: o amará al Creador o a las criaturas; si no ama a éstas, amará ciertamente a aquél. Es preciso, pues, dejarlo todo para conquistarlo todo; «todo por todo», decía Kempis. Santa Teresa, mientras vivió aficionada, aunque con afición casta, a cierto pariente suyo, no fue toda de Dios; mas, desde el punto mismo en que con generoso corazón rompió con aquel apego, mereció oír de Cristo: «Ya eres mía y yo soy tuyo». Harto poco es un corazón para amar a un Dios tan amante y tan amable, que merece infinito amor, y ¿querremos dividir este amor entre el Creador y las criaturas? El venerable P. Luis de la Puente se avergonzaba de decir a Dios: Os amo, Señor, más que a todas las riquezas, honores, amigos, parientes; porque se le hacía que equivalía a decir: Señor, os amo más que al fango y podredumbre, más que a los gusanillos de la tierra.

Dice el profeta Jeremías que el Señor es todo bondad para quien le busca. Y se ha de entender del alma

que busca tan sólo a Dios. ¡Feliz pérdida! ¡Feliz hallazgo! ¡Perder los bienes mudanales, que no contentan el corazón y huyen presto, a trueque de conquistar el sumo y eterno bien, que es Dios! Cuéntase de cierto devoto solitario que, al pasear cierto día por el desierto, acertó a encontrarse con un príncipe que se daba a la caza por el bosque; al verle el príncipe merodear por el desierto, preguntóle quién era y lo que hacía, a lo que el solitario respondió: «Y vos, señor, ¿qué buscáis en este desierto?» Díjole el príncipe: «Voy a caza de animales». »Pues yo —retrucó el solitario— voy a caza de Dios». Y, sin más, continuó su caminar y desapareció entre la arboleda.

Este debe ser en la vida presenta nuestro único pensamiento, andar a caza de Dios, para amarlo, y de su voluntad, para cumplirla, despidiendo del corazón todo afecto terreno. Y cuando se nos ofrezca cualquier bien perecedero solicitando nuestro amor, hallémonos siempre dispuestos a responderle: «De todas las grandezas del mundo y de todas las vanidades del siglo tengo hecha total renuncia por amor de mi Señor Jesucristo». Y ¿qué son todas las vanidades y grandezas mundanas, más que humo, lodo y vanidad, que con la muerte se desvanecen? ¡Dichoso quien pueda decir: «Amado Jesucristo, por vuestro amor lo he dejado todo; vos sois mi único amor y quien sólo me bastáis»!

Cuando el amor divino se enseñorea de un alma, por sí misma y como obligada, si bien con la ayuda de la divina gracia, se esfuerza por despojarse de todo lo terreno que pueda impedirle ser toda de Dios. «Cuando arde la casa —decía San Francisco de Sales—, se echan todos los muebles por las ventanas»; como si dijera que cuando una persona se da por completo

a Dios, sin exhortaciones que valgan de confesores ni de predicadores, por sí misma procura despojarse de todo afecto terreno.

El P. Séñeri, el joven, decía que el amor divino es bien así como un ladrón que con facilidad nos despoja de todo, para dejarnos en posesión de sólo Dios. Habiendo un hombre opulento renunciado a toda su hacienda y héchose pobre por amor de Jesucristo, le preguntó un amigo cómo es que se había abrazado con tanta pobreza, y él, sacando el libro de los Evangelios, le repuso: «Esto es lo que me ha despojado de todo». Dice el Espíritu Santo: *Si alguien diese toda la fortuna de su casa a cambio del amor, se le despreciaría*. En efecto, cuando el alma ha puesto su amor por entero en Dios, todo lo desprecia, riquezas, placeres, dignidades, señoríos, imperios; no quiere más que a Dios y se complace en repetir a cada instante: Dios mío, sólo vos y nada más. Escribe San Francisco de Sales: «El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios, para convertirlo todo en sí mismo; porque entonces todo cuanto se hace por amor de Dios es amor».

Decía la esposa de los Cantares: *Me condujo a la casa del vino, enarbolando sobre mí el pendón del amor*. Esta casa del vino es, según sentir de Santa Teresa, el amor divino, que, al apoderarse del corazón, lo embriaga de tal modo, que le hace olvidar todo lo creado. El embriagado está como muerto y sin sentido, no ve, no oye, no habla; así le acontece al alma embriagada en el amor de Dios: ha como perdido el gusto de las cosas terrenas y no quiere pensar más que en Dios, ni hablar más que de Dios, ni oír más que conversaciones de amor y complacencia de Dios. Manda el Señor en el Cantar de los Cantares

que no despierten a la amada del sueño: No desper-
téis ni turbéis a la amada. De este feliz sueño disfru-
tan las almas esposas de Jesucristo, dice San Basilio,
y que no es otro que el olvido cabal y perfecto de todo
lo creado, para tender sólo a Dios y poder decir con
San Francisco: «¡Dios mío y mi todo!» ¿Para qué,
Dios mío, riquezas, para qué dignidades y bienes de
este mundo? Vos sois todo mi bien, mi herencia y mi
tesoro. Comentaba Tomás de Kempis: «¡Dios mío y
mi todo! ¡Suave palabra ésta! Basta con ella a quien la
entiende, y quien ama tiene por regalado repetir:
¡Dios mío y mi todo!»

Para llegar, pues, a la perfecta unión con Dios, es
necesario un total desprendimiento de las criaturas,
y, para descender a cosas particulares, lo primero
que debemos hacer es despojarnos del afecto desor-
denado a los parientes.

I. Desprendimiento de los parientes, máximo en lo tocante a la vocación

Dice Jesucristo: *Si uno viene a mí y no aborrece a
su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus
hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no
puede ser mi discípulo.* Y ¿por qué este odio a los pa-
rientes? Porque a menudo los mayores enemigos de
nuestro aprovechamiento espiritual son nuestros pa-
rientes: *Y los enemigos del hombre serán los de su
casa.* Decía San Carlos Borromeo que cada vez que
volvía de casa de sus parientes, siempre era con el es-
píritu más resfriado. Y cuando el P. Antonio de
Mendoza le preguntaron por qué no quería siquiera
reposar en casa de sus parientes, respondió: «Porque

la experiencia me enseña que no hay lugar donde más pierda la virtud y devoción del religioso que en casa de sus parientes».

Si se trata de la elección de estado, es cierto, como enseña Santo Tomás, que no estamos obligados a obedecer a los parientes. Si un joven se siente llamado a la vida religiosa y se oponen los padres, está obligado a obedecer a Dios y no ya a los parientes, quienes por intereses y fines particulares se oponen al bien espiritual de sus hijos. «Frecuentemente los amigos carnales –dice Santo Tomás– se oponen al adelantamiento espiritual». Y antes prefieren que los hijos se condenen, escribe San Bernardo, que dejen la casa.

Es cosa que espanta ver a ciertos padres y madres que, no obstante ser temerosos de Dios, alucinados por la pasión, se fatigan e inventan mil trazas para impedir la vocación del hijo que quiere ser religioso. Esta manera de obrar, fuera de algún caso rarísimo, no puede excusarse de pecado mortal. Quizás diga alguien: *Pero ¿es que no puede salvarse ese joven si no entra religioso? Pero ¿es que todos los que quedan en el mundo se condenan?* Respondo: Quienes no están llamados por Dios al estado religioso, se salvarán en el mundo cumpliendo con las obligaciones de su estado; pero quienes se sienten llamados y no obedecen a Dios, sí pueden salvarse, pero se salvarán difícilmente, puesto que les faltarán los auxilios especiales que Dios les tenía preparados en la religión, sin los cuales no llegarán a salvarse. Escribe el teólogo Habert que el que desobedece a la divina vocación queda en la Iglesia como un miembro fuera de su lugar y con mucha dificultad podrá desempeñar su oficio y, por consiguiente, alcanzar la salvación. Por lo

que luego concluye: «Aun cuando, absolutamente hablando, este tal se pudiera salvar, sin embargo, difícilmente entrará en la senda de la salvación y escogerá los medios a ella conducentes».

El P. Granada llamaba a la elección de estado la rueda maestra de la vida. Cuando se gasta la rueda maestra del reloj, queda éste desconcertado, y así queda desconcertada toda la vida, errada la vocación, respecto a la salvación eterna. ¡Cuántos desgraciados jóvenes perdieron la vocación por causa de sus padres y acabaron con mal fin, después de haber arruinado a la familia! Cierta joven perdió la vocación religiosa por instigación de su padre; tuvo luego con él no pocas pendencias, terminó asesinándolo y murió ajusticiado. Un seminarista fué también llamado al estado religioso; descuidó el llamamiento divino, abandonó la vida fervorosa que vivía, dejó la oración y la comunión, y de ahí cayó en los vicios, y, finalmente, cierta noche que salía de casa de una mujer perdida, asesinóle un rival suyo; acudieron al punto varios sacerdotes, pero lo hallaron ya muerto. Y ¡cuántos ejemplos semejantes pudiera aducir aquí!

Mas volvamos a nuestro propósito. El angélico Santo Tomás exhorta a los que se sienten llamados a vivir vida más perfecta que no pidan parecer a sus parientes, ya que en tal materia se convierten en sus enemigos. Y si para seguir la vocación a estado más perfecto no están obligados los hijos a pedir el consejo de los padres, menos lo están a pedir su consentimiento o alcanzar su licencia, mayormente cuando hay fundadas sospechas de que injustamente les negarán la demanda, impidiendo así la vocación. Santo Tomás de Aquino, San Pedro de Alcántara, San Francisco Javier, San Luis Beltrán y muchos más en-

traron en religión sin avisarlo siquiera a sus padres.

Advirtamos aquí que, así como se exponen a gran riesgo de condenarse los que, por complacer a sus padres, desoyen el llamamiento de Dios, lo corren igualmente quienes, por no disgustarlos, abrazan sin vocación divina el estado eclesiástico. Tres son las señales principales por donde se puede venir en conocimiento de la verdadera vocación a estado tan sublime: ciencia, recta intención de buscar sólo a Dios y bondad de vida.

II. Santidad requerida para abrazar los órdenes sagrados

Hablando de esta bondad el sagrado concilio de Trento, ordenó que los obispos no promoviesen a las órdenes sagradas sino a quienes estuvieran ya probados en la bondad de vida. Esto mismo ordenaron los antiguos cánones, que decían: «No se ordene nadie que primero no haya sido probado». Y aun cuando se haya esto de entender directamente de la prueba externa que ha de exigir el obispo de la probidad del ordenando, con todo, no se puede poner en duda que el concilio exige no sólo la probidad exterior, cuanto la interior, sin la cual la externa no es más que mero fingimiento. Por eso, el concilio, en el capítulo 12 de la misma sesión, dice: «Sepan los obispos que sólo han de admitir a estas órdenes a los dignos y cuya conducta corra parejas con bien probada madurez de juicio». Con este mismo fin de tener bastantes pruebas de la bondad de la vida del ordenando, estableció el concilio los intersticios entre los diversos grados de las órdenes que se reciben: «Para que en este tiempo,

con la edad, vaya creciendo el ordenando en sabiduría y mayor perfección de vida».

Santo Tomás aduce la razón, diciendo que, por cada orden sagrada que recibe el ordenando, se va aproximando al altísimo ministerio de servir a Jesucristo en el Sacramento del Altar; de donde concluye el Santo Doctor que la santidad del sacerdote debe sobrepujar a la del religioso. «Ya que por las sagradas órdenes —explica— es uno deputado para altísimos ministerios, en los cuales se sirve a Jesucristo en el Sacramento del Altar; por eso se requiere mayor santidad interna que la que exige el estado religioso». En otro lugar, y sobre el mismo propósito, añade que no habla tanto de los ya ordenados como de los ordenandos; las órdenes sagradas: que en el primero se trabaja para extirpar los vicios, mientras que en el segundo se los debe haber ya extirpado con la santidad de vida. He aquí las palabras de Angélico: «Las órdenes sagradas piden anticipada santidad, al paso que el estado religioso es ejercicio de santidad; de donde se sigue que el gravísimo peso de las órdenes sagradas ha de ir fundamentado sobre paredes ya curadas por la santidad, mientras que el peso de la religión seca las paredes, esto es, desarraiga los vicios del corazón del hombre». En otro lugar vuelve Santo Tomás a explicar la misma materia, y dice: «Y así como los que reciben las sagradas órdenes están en grado más elevado que los fieles, así deben ser a ellos superiores por el mérito de santidad». Estos méritos y esta santidad los pide el Santo antes de la ordenación y los declara necesarios, no sólo para que el ordenando ejerza dignamente su orden, sino también, y muy principalmente, para que el ordenando pueda ser dignamente contado entre la milicia de Cristo». Y, final-

mente, concluye: «Pero, además, en la recepción misma del orden se reciben mayor cúmulo de gracias, por las cuales el ordenando se haga idóneo para más altos ministerios». Nótese la expresión *para más altos ministerios*, con la que se declara que la gracia del sacramento que se comunica en las órdenes, lejos de ser inútil al ordenando, le prestará mayores ayudas para hacerse digno de alcanzar mayores méritos, y al mismo tiempo indica la necesidad en que se halla de tener la gracia precedente, que basta para hacerle digno de ser contado entre la milicia de Cristo.

En mi libro de *Teología moral* escribí una extensa disertación sobre este punto, en la que demostré que los que sin haber vivido vida compuesta reciben algún orden sagrado, no pueden excusarse de culpa grave, por levantarse a tan sublime grado sin divino llamamiento, ya que no se puede llamar elegido por Dios quien sube a las órdenes sagradas sin haberse libertado de cualquier vicio habitual, especialmente contra la castidad. Y si bien en tales casos uno es capaz del sacramento de penitencia, por haberse dispuesto a él por medio del arrepentimiento, con todo, no es capaz en tal estado de recibir el sacramento del orden, para el que es necesario, además, excelente vida, comprobada ya con la experiencia de largo lapso de tiempo. De no hacerlo así, el ordenando no puede excusarse de pecado mortal, ya por la grave presunción con que sin vocación se introduce en los sagrados ministerios, pues como dice San Anselmo: «El que se entromete en estos ministerios y busca su propia gloria, ladrón es de la gracia de Dios y, queriendo hallar bendición, recibirá maldición»; ya también por el gran peligro de eterna condenación a que se expone en tal caso, como dice el obispo Abélly:

«El que a sabiendas y sin cuidarse de la vocación divina (como sería aquel que recibiese los órdenes sagrados habituado a un vicio grave) entrara en el ministerio sacerdotal, no hay duda que el mismo y de por sí se despeñaría en el precipicio de eterna condenación». Lo mismo escribe Soto, y dice que el sacramento del orden exige en el ordenando santidad positiva, por precepto positivo. «Aunque la integridad y pureza de costumbres —dice— no sea de la esencia del sacramento, es, sin embargo, muy necesaria, por precepto divino... Ahora bien, la idoneidad y bondad de vida que se exige de aquellos que han de recibir las sagradas órdenes no es aquella general disposición que se pide en la recepción de cualquier otro sacramento, para que la gracia sacramental no encuentre tropiezo en su operación. Mas por cuanto en el sacramento del orden el hombre no sólo recibe gracia, sino que se levanta a grado más sublime, se pide en el ordenando grande honestidad en las costumbres y bien reconocida virtud». Lo mismo escribe Tomás Sánchez, lo mismo el P. Holzman lo mismo los Salmanticenses. Esta tesis que he escrito no es opinión de un doctor particular, sino sentencia común, y todos se basan en la doctrina de Santo Tomás.

En todo caso, cuando el ordenando carece de la bondad de la vida, no sólo peca gravemente el sujeto que se ordena, sino también el obispo que le confiere las órdenes sagradas sin tener suficientes pruebas que le den certidumbre moral de la probada virtud del ordenando. También peca gravemente el confesor que absuelve a tal ordenando habituado, sin haber dado pruebas durante mucho tiempo de una vida positivamente buena. Y pecan también gravemente aquellos

padres, conscientes de la mala vida de los hijos, se empeñan en que sean ordenados, con el fin de ayudar a la familia.

No fundó Jesucristo el estado eclesiástico para sostener las casas de los seglares, sino para promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. Algunos se figuran el estado eclesiástico como un empleo u oficio muy a propósito para escalar honores y allegar riquezas, pero se equivocan; y por esto, cuando los padres van a inquietar al obispo para que ordene a su hijo, ignorante o de malas costumbres, alegando que la familia es pobre y no saben cómo salir del paso, debe el prelado responderles: «No, hijo mío; el estado eclesiástico no se ha instituído para auxilio de la pobreza doméstica, sino para bien de la Iglesia». De esta manera hay que despedir a estos tales, sin prestarle atención, porque tales sujetos acaban por perder su alma, la de sus familiares y hasta la de sus pueblos.

Y, hablando de los sacerdotes que viven en sus familias y cuyos parientes les piden no se den tanto al ministerio de las almas cuanto a aumentar la fortuna y buen nombre de la casa, deben responder lo que Jesucristo respondió a su divina Madre: *¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi Padre?* Deben, pues, contestar: «Soy sacerdote, y mi oficio no es allegar riquezas, ni conquistar honores, ni administrar la hacienda de la casa, sino vivir vida retirada, orar, estudiar y ponerme al servicio de las almas». Si, por ventura, estuviesen en la precisa necesidad de ayudar a su casa, ayúdenla en cuanto puedan, pero sin descuidar su principal incumbencia, que es el atender a la santificación propia y a la del prójimo.

III. Desprendimiento de la estimación del mundo

¡Cuántos, por este maldito deseo de ser estimados, se alejan de Dios y hasta llegan a perderlo! Oyen hablar, por ejemplo, de algún defecto suyo, y ¿qué no hacen para justificarse e imputarlo a falsedad o calumnia? Y si ejecutan algo bueno, ¿de qué trazas no se valen para que llegue a conocimiento de todos? Quisieran que todo el mundo lo supiese y los alabase. No obraban así los santos; querían que todos conociesen sus defectos, para que los tuviesen por lo miserables que ellos se consideraban; y por el contrario, en todo lo bueno que hacían querían que sólo lo supiese Dios, a quien únicamente deseaban complacer; de ahí que amasen tanto la vida escondida, siguiendo las enseñanzas de Jesucristo, que decía: *Mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; y poco más adelante: Mas tú cuando ores, entra en tu recámara y, echada la llave a la puerta, haz oración a tu Padre, que está en lo secreto.*

IV. Desprendimiento de nosotros mismo, es decir, de la voluntad propia

Lo que más importa es desasirnos de nosotros mismos, es decir, de nuestra propia voluntad. Quien se vence a sí mismo, fácilmente vencerá después las demás repugnancias. «Véncete a ti mismo», tal era el consejo que solía dar a todos San Francisco Javier. Y Jesucristo dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.* En esto está cuanto hemos de hacer para llegar a la santidad, negarnos a nosotros

misimos y no seguir la propia voluntad: «No vayas tras tus concupiscencias y apártate de tus antojos». «Esta es la mayor merced —decía San Francisco de Asís— que Dios nos puede hacer, el vencernos a nosotros mismos, negando la voluntad propia». «Cese de obrar la propia voluntad y se acabará el infierno», decía San Bernardo. Y añade el mismo Santo que «la propia voluntad es grande mal, porque hace que las obras buenas dejen de serlo para nosotros».

Un penitente, por ejemplo, quiere ejercitarse en alguna mortificación, ayuno o disciplina contra la voluntad del director espiritual; mas como hace tales mortificaciones por seguir la propia voluntad, de nada le valen o son defectuosas. ¡Desgraciado del que vive esclavo de la propia voluntad!, porque anhelará tener muchas cosas y no las podrá conseguir, y, por el contrario, querrá rehuir otras muchas mortificantes y tendrá que pasar por ellas. *¿De dónde esas guerras —preguntaba el apóstol Santiago— y de dónde esas contiendas entre vosotros? ¿No provienen acaso de vuestras codicias, que militan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis.* La primera guerra proviene del apetito de goces sensuales; removamos las ocasiones, mortifiquemos la vista, encomendémonos a Dios, y cesará la batalla. La segunda guerra proviene de la sobrada codicia de bienes terrenos: procuremos amar la pobreza, y cesará la batalla. La tercera guerra proviene de la ambición de honores: amenos la humildad y la vida escondida, y cesará la batalla. La cuarta lucha y la más maligna, se origina de la propia voluntad: resignémonos en el querer de Dios, en todo cuanto nos sobrevenga, y la lucha se irá extinguendo. Escribe San Bernardo que, cuando se ve a una persona enojada, la causa de su turbación es el

no poder dar gusto, a la sazón, a la propia voluntad. «¿Por qué la turbación, dice el Santo, sino porque seguimos nuestro propio querer?» De esto se lamentó en cierta ocasión el Señor con Santa María Magdalena de Pazzi, al decirle: «Ciertas almas quieren mi espíritu, mas lo quieren conforme les agrada, y, por ende, se hacen incapaces de recibirlo».

De ahí se sigue que hay que amar a Dios como El quiere ser amado y no como a nosotros se nos antoje. Dios quiere nuestra alma despojada de todo, para poderla unir consigo y colmarla de su divino amor. Santa Teresa escribe: «Mas mirad, hijas, que, para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco u mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendierdes de vos que habéis dado, se os harán mayores u menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, u si no, nuestra oración».

Muchas personas espirituales quisieran llegar a la unión con Dios, mas, como no aceptan las contrariedades que Dios les envía, ni la pobreza que padecen, ni las afrentas que reciben, resulta que, al no aceptar todo esto, jamás llegarán a unirse perfectamente con Dios. Oigamos lo que decía Santa Catalina de Génova: «Para llegar a la unión con Dios son necesarias las adversidades que Dios nos envía, porque van enderezadas a consumir en nosotros todos los malos movimientos interiores y exteriores. Y por esto los desprecios, enfermedades, pobreza, tentaciones y demás contrariedades son cosas sumamente necesarias para que, combatiendo contra nosotros mismo, logremos extinguir de tal manera nuestras perversas inclinaciones, que no las sintamos más; y mientras que la adversidad no se torne de amarga en suave, por

Dios, jamás llegaremos a la divina unión». Añádase a esto la práctica que enseña San Juan de la cruz. Dice el Santo que para llegar a la perfecta unión se necesita total mortificación de los sentidos y apetitos: «Para poder hacer bien esto, cualquier gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Jesucristo... Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oír cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera oír... Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso. No a lo más sabroso, sino a lo más desabrido. No a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto. No a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo. No a lo más, sino a lo menos. No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado».

En suma, quien ama verdaderamente a Jesucristo, pierde el afecto a todos los bienes terrenos y trata de despojarse de todo, para vivir solamente unido a Jesucristo, para quien son todos sus deseos, en quien siempre piensa, por quien siempre suspira y quien procura complacer en todo lugar, en todo tiempo y en toda ocasión. Mas para llegar a esto debemos estar en vela, para purificar el corazón de todo afecto que no sea para Dios.

Preguntémonos: ¿Qué implica el entregarse el alma a Dios, y respondamos: 1.º, evitar cuanto le desagrade y ejecutar cuanto sea de su agrado; 2.º, aceptar sin excepción cuanto venga de su mano, por puro y dificultoso que fuese; 3.º, preferir en todas las cosas la voluntad de Dios a nuestro propio querer. Esto se requiere para ser del todo de Dios.

Afectos y súplicas

Dios mío y mi todo, bien veo que, a pesar de mis ingratitudes y negligencias en vuestro servicio, seguís convidándome con vuestro amor. Aquí me tenéis; ya no quiero resistir más; quiero abandonarlo todo para dedicarme por completo a vos. No quiero ya vivir por mí mismo, pues mucho es lo que me habéis obligado a amaros. Mi alma se ha enamorado de vos, Jesús mío, y por vos sólo suspira. Y ¿cómo podría amar otra cosa después de haberos visto morir de dolor en una cruz para salvarme? ¿Cómo podría contemplaros muerto, acabado de dolores, y no amaros con todo mi corazón? Os amo, si, querido Redentor mío; os amo con toda mi alma y no deseo más que amaros en esta y en la otra vida.

Amor mío, esperanza mía, fortaleza mía, consuelo mío, dadme fuerza para seros fiel; dadme luces para que vea qué debo hacer para sacrificarlo todo y dadme fortaleza para que os obedezca en todo. ¡Oh amor del alma mía!, me ofrezco todo a vos para satisfacer el deseo que tenéis de uniros a mí, para que yo pueda unirme del todo con vos, Dios mío y mi todo. Venid, pues, por favor, Jesús mío, y tomad posesión de mí, de todos mis pensamientos y de todos mis afectos. Renuncio a todas mis aficiones, a todos mis consue-los y a todo lo criado, pues vos solo me bastáis. Dadme la gracia de no pensar sino en vos, no desear más que a vos, no buscar más que a vos, mi amado y mi úni-do bien.

¡Oh María, Madre de Dios!, alcanzadme la santa perseverancia.

CAPÍTULO XII

QUIEN AMA A JESUCRISTO, NO SE IRRITA CONTRA EL PRÓJIMO

Caritas non irritatur.

La caridad no se
exaspera.

La virtud de no airarse en las contrariedades que sobrevengan es hija de la mansedumbre. De los actos relativos a la mansedumbre ya hablamos en el capítulo precedente; mas, por cuanto es virtud que a la continua debe practicarse por tener que vivir entre hombres, diremos aquí algunas cosas más particulares y muy útiles para la práctica.

La humildad y mansedumbre fueron las virtudes más caras a Jesucristo, por lo que dijo a los discípulos que aprendiesen de El a ser mansos y humildes. Nuestro Redentor fué llamado *cordero*: *He aquí al Cordero de Dios*, sea por razón del sacrificio que había de consumir en la cruz para satisfacción de nuestros pecados, sea por la mansedumbre que manifestó en toda su vida, y especialmente en tiempo de su pasión. Cuando recibió en casa de Caifás la bofetada del ministro del pontífice que, a la vez, lo trató de temerario, al decirle: *¿Así respondes al pontífice?*, Jesús respondió solamente estas palabras: *Si hablé mal, da testimonio de lo malo; mas si bien, ¿por qué me hie-*

res? Esta mansedumbre prosiguió ejercitándola hasta la muerte, pues pendiente en la cruz, cuando los soldados le escarnecían y blasfemaban de El, El se limitaba a pedir al Padre Eterno que los perdonara.

¡Cuánto estima Jesucristo a los corazones mansos que, al recibir afrentas, burlas, calumnias, persecuciones y hasta golpes y heridas, no se irritan contra quienes los injurian o golpean! *Socorredor de los débiles, amparador de los desahuciados*. Las oraciones de los humildes siempre son atendidas por Dios, pues a ellos de modo especial les está prometido el paraíso: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra*. Decía el Venerable P. Baltasar Alvarez que el cielo es la patria de los despreciados, de los perseguidos y abatidos; sí, porque a éstos, y no ya a los soberbios, que disfrutaban de las honras y estimaciones mundanas, les está reservada la posesión del reino celestial. Ya escribió David que los mansos no alcanzarán tan sólo la eterna bienaventuranza, sino que también en esta vida disfrutarán de extraordinaria paz; y la razón es porque, lejos de conservar los santos rencor contra quienes los persiguen, les cobraran más amor, y el Señor, en premio a tanta paciencia, les aumenta la paz interior. Decía Santa Teresa: «Y con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece les cobraba amor de nuevo»; por lo que más tarde escribió de ella la Sagrada Rota Romana que «las ofensas suministraban alimento a su amor». Tan grande mansedumbre no se da sino en quienes tienen gran acopio de humildad y bajo concepto de sí mismos, que llegan a convencerse que merecen toda suerte de desprecios; y de ahí, por el contrario, que los orgullosos sean siempre iracundos y vengativos,

porque, en su concepto, son dignos de todo honor.

¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! Hay que morir, pues, en el Señor para ser bienaventurado y para comenzar a gozar de la bienaventuranza en esta vida, es decir, de la bienaventuranza de que se puede disfrutar antes de ir a la gloria, la cual ciertamente es mucho menos que la del cielo, pero es tal que supera a todos los placeres sensibles de esta vida: *Y la paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia, guardará vuestros corazones.* Mas para obtener esta paz, aun en medio de afrentas y calumnias, hay que estar muerto en el Señor. El muerto, por mucho que lo maltraten y pisoteen, no siente nada; el humilde, igualmente, estando como muerto, que ni ve ni oye, debe sufrir cuantos desprecios le hagan. Quien ama de corazón a Jesucristo, presto llega a ese estado, porque, conforme en todo con la voluntad divina, acepta con la misma paz y ánimo igual lo próspero como lo adverso, los consuelos como las aflicciones, las injurias como las alabanzas. Así hacía el Apóstol, quien por ello decía: *Estoy que rebose de gozo en medio de toda esta tribulación nuestra.* ¡Feliz del que consigue tal grado de virtud! Decía San Francisco de Sales: «¿Qué es el mundo entero, comparado con la paz del corazón?» En efecto, ¿de qué sirven todas las riquezas y todos los honores del mundo a quien vive inquieto y no disfruta de paz del corazón?

En suma, para vivir siempre unidos con Jesucristo, debemos hacer todas las cosas con tranquilidad, sin inquitarnos por contrariedades que surgieren: *El Señor no estaba en el viento.* El Señor no habita en los corazones turbados. Oigamos los bellos documentos que acerca de esta materia nos suministra el maestro de la mansedumbre, San Francisco de Sales: «No os

dejéis dominar por el cólera, ni siquiera le abráis la puerta, con el pretexto que fuere, porque, una vez introducida en él, no está en vuestra mano arrojarla ni aun dominarla». Los remedios contra la cólera son: 1.º, combatirla al punto y divertir la mente a otra parte sin replicar palabra; 2.º, a imitación de los apóstoles en la tempestad del mar, recurrir a Dios, que puede apaciguar el corazón; 3.º, cuando veáis que la cólera, por vuestra debilidad, se ha adentrado en vuestro espíritu, en tal caso esforzaos por recobrar la calma y procurad después ejercitaros en actos de humildad y de mansedumbre con la persona contra la cual os enojasteis; mas todo esto hay que hacerlo con suavidad y sin violencia, porque importa mucho no enconar la llaga». A este propósito decía el Santo que tuvo que trabajar durante toda su vida para vencer dos pasiones que ejercían más imperio sobre él, la cólera y el amor; para sofocar la pasión de la cólera nos dice que necesitó veintidós años de lucha para sojuzgarla; en cuanto el amor, venció trocando su objeto, abandonando las criaturas y dirigiendo hacia Dios todos sus afectos. De este modo el Santo disfrutaba de una paz interior tan acabada, que se tralucía al exterior, viéndosele casi siempre con el rostro sereno y con la sonrisa en los labios.

¿De dónde esas guerras?... ¿No provienen acaso de vuestras codicias? Cuando uno en la contradicción se siente con acciones o al menos con palabras; mas se engaña, porque después de desfogarse se hallará más turbado que antes. Quien quiera vivir en continuada paz, guárdese de dejarse arrastrar por el mal humor, y si se viere presa de él, deséchelo de él, sea con la lectura de un libro con algún cantiquillo piadoso o con un paseo por parajes amenos.

El Espíritu Santo dice que *el enojo en el seno de los necios reposa*. La cólera hace su asiento en el corazón de los insensatos, que aman poco a Jesucristo; mas en el corazón de los verdaderos amantes de Jesucristo, si llegare a entrar por sorpresa, luego es arrojada y no puede en él habitar. Quien ama con todo corazón al Redentor, no vive, malhumorado, porque, no queriendo sino lo que Dios quiere, tiene siempre cuanto quiere, por lo que vive tranquilo y siempre igual en su conducta. La voluntad divina le tranquiliza en todas las adversidades que le acaecen, y por eso ejerce la mansedumbre absolutamente con todos. Tal mansedumbre no se puede, con todo, alcanzar sin grande amor a Jesucristo, porque es un hecho que no llegaremos a ser mansos ni suaves con los demás mientras no sintamos gran ternura hacia Jesucristo.

Mas, por cuanto tal ternura sensible no siempre está en nuestra mano, es preciso que en la oración mental nos dispongamos a resistir los encuentros que nos acometieren en el día. Así hicieron los santos, y se hallaron prestos a recibir paciente y humildemente las injurias, golpes y heridas. Cuando el prójimo nos insulte, si no nos halláramos preparados y muy prevenidos de antemano, difícilmente podremos atinar con lo que procederá hacer para no dejarnos dominar de la ira, porque entonces la pasión nos pintará como muy puesto en razón rechazar intrépidamente y con audacia de quien tan indignamente nos maltrata. Pero, como dice San Juan Crisóstomo, no es medio muy a propósito para extinguir el fuego de la ira con el fuego de la respuesta inflamada en ira, porque «fuego con fuego —dice el Santo— no puede extinguirse». Replicará alguno: «No es puesto en

razón usar de cortesías y afabilidades con el temerario que ofende sin razón». A esto respondo con San Francisco de Sales: «Hay que ejercitarse en la mansedumbre no sólo en lo que es conforme a razón, sino en lo que es contrario a ella».

En ciertos casos hemos de procurar responder con blandura, que éste es el camino para extinguir el fuego: *Una respuesta blanda aplaca el furor, mas una palabra molesta suscita la ira*, dice el Espíritu Santo. Y cuando el ánimo estuviere turbado, lo mejor será entonces... callar, «porque, ofuscada la vista por la ira —dice San Bernardo—, no se verá cosa derecha». Cuando el ojo se halla ofuscado por el enojo, no ve lo que es justo y lo que injusto; la pasión es como un velo que se pone ante los ojos e impide discernir lo falso de lo verdadero, por lo que se impone hacer, como San Francisco de Sales, un pacto con la lengua: «Hice pacto —escribe— con mi lengua de no hablar cuando tuviese perturbado el corazón».

Pero a veces se diría ser necesario tener que reprimir con aspereza a algún insolente. David decía: *Temblad y no pequéis*. Luego es lícito a veces encolezarse, con tal, empero, que no haya pecado. Y aquí está precisamente la dificultad. Especulativamente hablando, hay ocasiones en que parece oportuno hablar o responder ásperamente a alguno para hacerle entrar dentro de sí, pero en la práctica es muy difícil hacerlo sin riesgo de pecar, por lo que el camino más seguro es amonestar o responder siempre con blandura, estando en vela para no dejarse llevar de la cólera. Decía San Francisco de Sales: «No me acuerdo vez que me haya dejado llevar de la ira, que después no haya tenido que arrepentirme». Y cuando nos sintamos turbados, lo más seguro, como arriba se dijo,

es callar, reservando la amonestación o la respuesta para tiempo más oportuno, cuando el corazón no exhale vapores.

Esta mansedumbre hemos de practicarla especialmente cuando nos veamos reprendidos por nuestros superiores o amigos. «Aceptar de buen grado la reprehensión —añadía San Francisco de Sales— es señal de que se ama la virtud contraria al defecto de que es uno corregido, y es prueba no pequeña de que se va aprovechando en la perfección». También hemos de ser mansos con nosotros mismos. El demonio nos hace ver muy laudable el airarse contra sí mismo cuando se comete un defecto; mas no es así, sino ardid del enemigo, que pretende inquietarnos para que seamos incapaces de hacer cosa de provecho. Decía San Francisco de Sales: «Tened por cierto que cuantos pensamientos nos inquietan no proceden de Dios, que es príncipe de paz, sino del demonio, o del amor propio, o de la estima en que nos tenemos. Tales son las tres fuentes de que nacen todas nuestras turbaciones. Por eso, cuando nos asalten pensamientos de inquietud, desechémoslos y despreciémoslos al punto».

También es sumamente necesaria la mansedumbre cuando nos veamos en la precisión de tener que corregir a los demás. Las correcciones hechas con amargo celo son más dañosas que útiles, mayormente cuando el delincuente se halla turbado; en este caso procederá diferir la corrección y aguardar el tiempo en que se haya calmado el hervor de la ira. También conviene abstenernos de corregir a los demás cuando nos hallemos malhumorados, porque entonces la amonestación parecerá hecha con aspereza, y el reo, viéndose de tal modo reprendido, no